

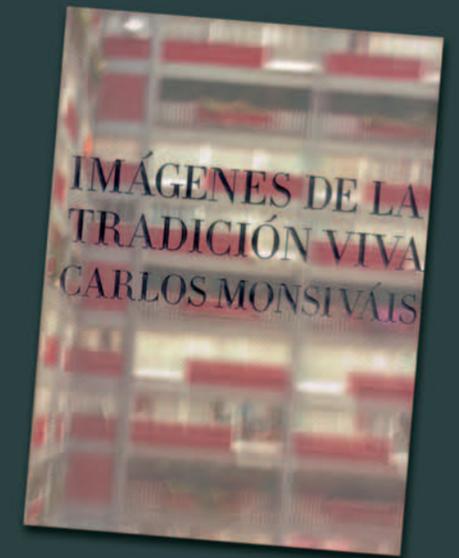


Imágenes de
la tradición viva de

Carlos Monsiváis

o la conquista del presente

Adolfo Castañón



Conocí a Carlos Monsiváis a mediados de 1974. Me lo presentó el poeta David Huerta quien formaba parte del consejo de redacción del suplemento *La cultura en México* de *siempre!*, que animaba y dirigía Carlos Monsiváis, el autor de *Días de guardar*. Yo tenía 22 años y él unos 36. Lo había leído algo, pero no sé si lo entendía, aunque seguía con devota perplejidad los ejercicios y cartas de la sección “Por mi madre bohemios”. Frente a Octavio Paz, a quien conocería en persona un poco después pero al que ya había empezado a leer —todavía, cuarenta años después, no termino de hacerlo—, Monsiváis me parecía una suerte de Quevedo mexicano —y Paz, Góngora— siempre al borde de la burla y de la risa. Carlos me invitó a colaborar en el suplemento de *Siempre!* con una generosidad arriesgada y debidamente experimental —pues era yo, y creo que lo sigo siendo, algo pedante e intelectual—, pero Carlos hizo de tripas cerebro y corazón y me permitió publicar

mi primera colaboración sobre el libro donde Michel Foucault habla del novelista Raymond Roussel. Yo veía a Carlos con aleatoria regularidad, pues era yo convocado con católica periodicidad para ocuparme de la corrección y diagramación del suplemento. Llegué a conocer a la señora Esther, la madre del bohemio, quien a veces me simpatizaba, debo confesarlo, más que él o que ellos, pues Carlos era imprevisible, plural y como que no siempre podía soslayar a los diversos personajes que convivían bajo su piel.

Monsiváis —claro— vivía rodeado de gatos y al igual que se dice que estos tienen muchas vidas, Carlos —nacido por cierto como Octavio Paz, en el año del Tigre, según el horóscopo chino— tenía tantos intereses y pasiones, tantas facetas, combinaciones, rincones, esquinas y calles interiores que era como si llevase dentro de él muchos gatos y cada gato a su vez fuese portador de otros, como si uno de sus secretos fuese precisamente ese arte de la escisión que

le permitía ser al mismo tiempo Aquiles, la tortuga, el filósofo que los contempla y el espectador que los mide desde el foro de la página. Así, Carlos era y sigue siendo un ser enigmático pero no perplejo, pues tenía el instinto suficientemente despierto como para reconocer desde lejos a sus amigos, enemigos, compañeros de viaje, colegas, mecenas y ángeles de la guarda. Y era un niño travieso capaz de señalarle al recién llegado algún defecto de uno de sus amigos, para que el incauto advenedizo fuese a cultivar y cosechar en público la inocente cizaña que él mismo había sembrado en privado. No era ajeno a la política ni a la polis, no se le escapaba nadie ni nadie, y cada presa cautiva o cautivada ampliaba su territorio de flor carnívora dueña de una eterna juventud.

1968 fue para él, como para muchos otros, un parteaguas —palabra usual que por cierto no se encuentra ni en el Diccionario de la Real Academia ni en el de santa María Moliner—. Este año trajo para

él, como para muchos otros y algunos más, una revelación estremecedora, iluminó como un relámpago el cuerpo de México dejando ver en su espejo humeante la insondable, sangrienta verdad sacrificial en la que descansa y de la que está compuesto el cuerpo híbrido de México, tan parecido a veces a sí mismo. No escapó Carlos Monsiváis a esa revelación, y se podría decir que cada una de las líneas escritas por su puño letrado llevan un destello de ese relámpago que atravesó —y sigue atravesando— el cuerpo mexicano, acentuando sus reservas y matizando sus tentaciones. Ese año de gracia o desgracia, fasto y nefasto, representaría una erupción simbólica de las sangrientas fundaciones en que se asienta la pirámide mexicana. Representaría, también, una frontera, una página liminar, un umbral donde convivirían y se congregarían los tiempos pasados y por venir para iniciar el baile, la marcha de la locura o contra la locura del nuevo tiempo mexicano. Del 68 Monsiváis extrajo algunas lecciones. Una de

ellas, no sé si la primera, es que a México se le podía transformar no por artes de una explosión externa mecánica o periférica, sino a través de un paciente trabajo, casi diríamos homeopático, molecular, de implosiones sucesivas —o de registros puntuales, ya no de esos episodios, sino de los presagios dolorosos pero reales de esa nueva historia o contrahistoria que había surgido a partir de 1968 y que desde esa perspectiva dejaba de ser una fecha histórica concreta para ser asumida, por así decirlo, como un método de conocimiento—. Dicho de otro modo, y para emplear una imagen didáctica y familiar, el único que realmente podría emprender y lograr la cacería de la Ballena Blanca de la Historia sería Jonás, el pescador pescado, el santo historiador de las leyendas que a su vez se había vuelto historia y leyenda. De ahí que no se pueda ni se deba hablar de una obra de Carlos Monsiváis, sino de una obra en proceso, de una escritura en marcha que no empieza ni termina en ningún lugar, pero que es capaz de reproducirse y multiplicarse en cada una de sus líneas de fuga y de sus ángulos fractales. Octavio Paz lo supo ver cuando escribió que Monsiváis era un género en sí mismo.

“Imágenes de la tradición viva y un tanto desconocida” es una frase que se encuentra alojada al final de uno de los treinta ensayos que componen el documento monumental así titulado, tanto y tan bien embalsamado. La frase se refiere a los iconos o leyendas grandes, principales, pequeños y secundarios de la época dorada del cine mexicano, que era dorada en parte por su calidad y en parte por su calidez afectiva, que era capaz de suscitar y promover el conocimiento de la machacada comunidad imaginada que es el espejo a color propuesto por los medios a determinado grupo social. Iconos, leyendas que son como la hostia del sacramento civil, el pan comunitario, el sueño nutricional en que se arraiga la cultura popular, esa entidad mercurial e inapresable que prospera entre los intersticios de las instituciones, en el cine antes de su institucionalización corporativa, en la radio antes de su burocratización mercantil por los consorcios, en la televisión antes de su absorción por los mismos grandes intereses, en el comic antes de lo mismo, de las instituciones que suscitan la suspicacia de esa parte anarquista que en la acinesia, entre la sístole y la diástole, se abre en el corazón fijo y obsesivo de Carlos Monsiváis. Esos rostros, esa fisonomías, esos paisajes

faciales, esos teatros del sentimiento o del instinto que son las fisonomías inventadas o propuestas por el cine son como las teclas que interpretarán los acordes y los arpeggios de ese presente eterno, esa “felicidad” a la par íntima y pública que postula el cine como esa otra realidad más real y más “auténtica” —un concepto psicosocial sociológico clave— en el diccionario ritual monsvaita, más deseable y vivible.

Imágenes de la tradición viva, o sea emblemas fulgurantes de la iconósfera que será como el cemento o plastilina que amarrará los tabiques duros, los ladrillos de la realidad histórica irreducible y real, con el paisaje fugaz pero arraigado de todas esas intimidades pre-fabricadas que propone el cine y en las cuales los espectadores se re-encuentran a sí mismos y respiran aliviados las figuras equívocas, vidriosas, de la frágil aspiración utópica que alimenta desgarrando. En estas páginas dedicadas al cine mexicano la prosa de Carlos Monsiváis parece encontrar su mejor hábitat.

La voz arranca metálica en asépticos enunciados doctorales, se complace en un mórbido puntillismo descriptivo, da un triple salto y cambia de tono para adoptar los acentos paternos e irónicos de un maestro de ceremonias de circo, luego desciende subrepticamente hacia la complicidad, seduce como en voz baja a través de letanías cuchicheadas, si cabe la expresión al oído del público lector, hace un guiño de reojo al auto-homenaje y deja abierto siempre el telón —o el techo de la carpa— para recibir las inaudibles pero activas radiaciones de fondo de la historia y de la geografía. Insisto: no es casualidad que una buena cantidad de las imágenes que amenizan o ilustran este libro como otros tanto ex votos religiosos, como otros tantos amuletos o prendas mágicas, sean propiedad del autor, Carlos Monsiváis, pues funcionan como atributos litúrgicos, se van desprendiendo de su aliento en prosa como escamas de un Dragón —el cine, la industria cultural— que lo cautivó a él mismo y hechizó. No era ni podía ser Monsiváis un juez impenetrable, frío, ajeno a los filos y reverses de la geografía sentimental —*carte du tendre tribal, o civil*— que lo cautivó y de la que formó parte.

Y esas fotos —ya lo he tratado de decir— le funcionan como fichas y ficheros capaces de reconstruir esa arquitectura imaginaria y simbólica en la que él se mueve con equívoco virtuosismo de médico y comediante, agonista y protagonista, de ese pasaje —en el

sentido de Walter Benjamín— que le permite atravesar la ciudad simbólica sin traicionar el hilo del ocio hedonista y el sentido del humor, esa tarjeta de crédito de la felicidad. Pero uno se pregunta, ¿Qué movía a este incansable trabajador que aparentaba no trabajar, a esta hormiga disfrazada de cigarra? El amor a la libertad interior y exterior y después o alrededor una rara virtud que era como el eje de su laico apostolado —el valor civil, *Zivilecourage* se diría en alemán—, que lo llevaba a hacer del viaje, del paseo más ínfimo una aventura, una iliada y odisea públicas. Un éxodo bíblico en cuyas asperezas renovó su templo. Cabe preguntarse si Monsiváis podía ser en lo profundo un “escritor de oposición”, por más que se postulara como un antagonista del siglo mexicano —pues este escritor formado precozmente en las catacumbas de la izquierda y de los movimientos clandestinos estaba definitiva y decisivamente a favor del tiempo. Se argumentará que no estaba a favor del tiempo histórico e institucional, del reloj burocrático del consumo, sino a favor de ese otro tiempo vivido entre nos, siempre compartido, que es el tiempo de la utopía, el calendario sagrado y paradójico que va dando sus minutos con sentido común y sus horas con sentido del humor, el tiempo profético que sabe que toda vida humana es vicisitud, pero que toda vicisitud es en última instancia vida.

Alguna vez se dijo que Carlos Monsiváis era el último intelectual público de México. Él lo negó. Sin embargo, la oleada de artículos, entrevistas y encuestas, fotografías que invadió la prensa mexicana con motivo de la celebración de sus 70 años (*La Jornada, Reforma, Excelsior, El Universal, Proceso*) es un dato que hace presumir que esa caracterización no fue del todo errónea y que en todo caso había que matizarla: Carlos Monsiváis es el último intelectual público y popular de México. ¿Qué es o qué puede ser un intelectual público? No es nada más que aquél que se ocupa cotidianamente de asuntos de carácter público, como tantos opinadores más o menos libres, o más o menos obedientes, a intereses privados o corporativos. Es, a mis ojos, aquella figura incómoda o inconveniente que, además, es reconocida en público y por el público como intelectual —cosa, ya más difícil, en un país donde la gente reconoce a los futbolistas, a los artistas de la farándula y a los políticos, y no tanto a los artistas, escritores y pensadores—. Y aquí una anécdota. Hace unos años, en un restaurante próximo

a la Avenida División del Norte, estaba desayunando Monsiváis con la directora de una conocida editorial mexicana cuando entraron al local unos ladrones y le pidieron a los clientes del lugar que entregaran todo lo que llevaban de valor. Cuando vieron a Monsiváis buscándose algo que darles, uno de ellos se le acercó y le pidió perdón: “A usted no, maestro, a usted no”, y salió con sus cómplices del lugar. La anécdota fue contada por la periodista Katia d’Artigas en su sección “Campos Elíseos” publicada en el periódico *El Universal*, y vuelta a contar por ella misma el 5 de mayo de 2008. El episodio no es significativo en sí mismo pues —como dice el propio Monsiváis—: “si lo hubiese sido, no me hubiesen asaltado en un taxi en la noche unos meses después”. No es significativo, pero sí resulta sintomático que, para decirlo en sus propios términos, Carlos Monsiváis era una de las escasas imágenes vivas de la tradición viva... y un tanto desconocida, que sale a pasear sin los guardaespaldas de la teoría por el escenario mexicano y que se desplaza del periódico y la revista al libro y a los libros pasando por la radio, la televisión y, desde luego, la red de Internet que pernean en la memoria colectiva —conste: no dije conciencia— a fuerza de repeticiones obligadas y formalizaciones más o menos involuntarias.

Si Monsiváis podía ser un pétalo de la rosa llamada tradición viva es porque apostó desde la raíz, para decirlo en sus propios términos, “a la identificación con una comunidad y/o con las instituciones que la representan, la expresan o la simbolizan como nación”.

En ese sentido, en el sentido radical en que México es un país en vías de extinción, una comunidad imaginada, como diría Benedict Anderson, cuyos imaginarios están en un proceso de implosión generalizada, Carlos Monsiváis era en verdad el último intelectual público y popular de México. Lo muestra este archivo en movimiento, esta araña transfigurada que ha sabido vencer con su propio veneno y que despliega aquí, como si fuesen las redes de su propia telaraña, las *Imágenes de la tradición viva*. ■

Adolfo Castañón (México)

Escritor, poeta y traductor mexicano. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana y el tiempo, Fuera del aire y El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a J. J. Rousseau y a George Steiner, así como obras sobre Spinoza y Jorge Cuesta, entre otros.